

la iglesia, huyamos de las locuras culpables del mundo, rogando al Señor que perdone á los malos, y dispongamosnos á los graves pensamientos y á los deberes de la Cuaresma. Así responderemos á todas las intenciones que se há propuesto la Iglesia, al instituir estos ejercicios, y estémos seguros de que nuestra piadosa diligencia será fecunda en frutos de salvacion. Así séa.

DE LAS CUARENTA HORAS

SEGUNDA INSTRUCCION

Con qué sentimientos se debe tomar parte.

I. Con confusion. — II. Con reconocimiento. — III. Con espíritu de expiacion. — IV. Con confianza.

La solemnidad de las Cuarenta Horas, para cuya celebracion estamos réunidos en este momento, es seguramente una de las más conmovedoras y de las más saludables entre todas las que el curso del tiempo nos trae cada año. En efecto, es facil comprender que há sido instituida tanto para alejar á los fieles de las diversiones criminales de estos tiempos, cómo para apaciguar la colera de Dios, excitada por estos mismos desarreglos, y pedir perdon por los culpables. Y una devoción que se propone fines tán excelentes es necesariamente conmovedora y saludable. Sin embargo, tán buena y tán perfecta cómo séa en si misma esta devocion, no vale más que por los sentimientos con que se practica. Qué cosa más exce-

dónde no se le vé, en éso está el merito, y tál será el de vuestro sacrificio. Si no ver á Dios aquí presente, es la tentacion por la que nos prueba: *Tentat vos Dominus Deus vester*; no verle y amarle, no verle y acompañarle, que tál séa la prueba publica y manifiesta de vuestro amor: *Ut palam fiat utrum diligatis eum an non.* (Vieyra, *Sermones*, sermon predicado en Roma, en 1674, durante las Cuarenta Horas).

lente que la santa comunión? Sin embargo, no produce ninguno de los efectos que le son propios, si se comulga sin las disposiciones exigidas. Lo mismo sucede con las Cuarenta Horas, que no réalizan los motivos de su institución, más que en cuánto se toma parte con los sentimientos convenientes. Hé aqui porque me propongo hablaros de estos sentimientos en la presente platica. Y digo que, para que las oraciones de las Cuarenta Horas séan verdaderamente saludables y réalicen el objeto para que han sido instituidas, debemos asistir: en primer lugar, con confusion; en segundo, con reconocimiento; en tercero, con espíritu de expiacion; y, por ultimo, en cuarto lugar, con confianza. Es lo que voy á explicaros en pocas palabras.

I. — *Debemos tomar parte en las Cuarenta Horas con sentimientos de confusion.* — Qué somos nosotros, cristianos, y qué venimos hacer al pie de los altares? Qué somos? Somos pecadores, y venimos aquí á pedir favores y gracias para otros pecadores, de los cuáles somos hermanos. Y cualquiera que pide favor por alguno, debe hacerlo con temor, humildad y confusion, porque ése sustituye al culpable; y ocupando su lugar, está obligado á tomar tambien sus sentimientos. Si el culpable mismo pidiéra su gracia, no és évidente, que al hacerlo deberia estar avergonzado y confuso, puesto que testimoniaria, por lo menos, de esta manera su arrepentimiento, y se haria digno de obtener su perdon? Pero aun cuándo uno séa inocente, se debe testimoniar cierta confusion tambien, cuándo se atreve hacer el intercesor por un culpable, aun se está unido por los lazos de la sangre, y se es culpable, aunque no de una manera tán grave. Pues bien, tál es en este momento nuestro caso. Culpables nosotros mismos de una multitud de faltas, quizás de faltas enormes, y estando en todo caso ligados con los vinculos de la sangre y de la naturaleza con los que se habitan con las locuras criminales del Carnaval, venimos á pedir gracias á Dios para ellos. Cuál no debe ser nuestra confusion! Porque qué tristes abogados hacemos, y qué poca atención merecemos que Dios conceda á intercesores que tienen tanto de que hacerse perdo-

nar! Al venir á tomar parte en las oraciones de las Cuarenta Horas, estémos desde luego penetrados de los sentimientos de una humildad sincera y de una confusion muy justificada. Es el primer medio que debemos tomar para hacernos oír favorablemente de Dios, y sin lo cuál, podemos estar seguros, que desviará de nosotros su rostro y sus miradas ¹.

1. De Jobo in ejus prophetia dicitur: *Tonso capite, corruens in terram adoravit.* Job. I, 20. Quæ verba s. Gregorius de ejus actionibus exponens, inquit: « Notandum, quod in terram corruens, adoravit, ille enim veram Deo orationem exhibet, qui semptisum, quia pulvis sit, humiliter videt. » S. Basilius, in admonitione ad filium spiritualem, ut psum ad digne Deum rogandum et adorandum disponat, contemptum sui ipsius his verbis inculcat: Et tu, fili, cum accesseris ad præcandum Dominum, proterne te humiliter in conspectu ejus, ne postules quicquam, quasi ex gratia meritorum tuorum; et si est tibi conscientia boni operis aliqua, cela illam. » Est porro hic gravis multorum error: quod sibi persuadeant, se peculiare ad Dei gratias obtinendas habere meritum, cum tamen Psalmista dicat: *Iste pauper clamavit, et Dominus exaudivit eum, de omnibus tribulationibus ejus salvavit eum.* Ps. XXXIII, 7. Ubi s. Augustinus notat, quod non dixerit: *Iste homo clamavit, sed iste pauper;* indeque sequentem deducit moralitatem: « Ideo non exaudiris, quia dives es, forte clamaveras, et non exaudibaris, inops clamat et Dominus exaudit eum. » (MANSI, *Biblioth.* tr. 58, disc. 22, n. 4.). — Humilitatis æquitas. Quid æquius, quam ut vilem se reputet, et ab aliis reputare vilem velit, qui ex se nihil, undequaque vilem et humiliatus est? Quam vilitatem pulchre s. Bernardus sequentibus verbis indicavit: « Quid modo necesse est, singulas animæ miseras numerare, quam sit onerata peccatis, obfusa tenebris, irretita illecebris, pruriens concupiscentiis, obnoxia passionibus, illusionibus impleta, prona semper ad malum, in vitium omne proclivis, postremo totius confusionis et ignominie impleta? Nimirum si ipsæ quoque justitie nostræ omnes, ad veritatis lumen inspectæ, velut pannus menstruatus inveniatur, injustitie deinceps quales reputabuntur? Si lumen, quod in nobis est, tenebræ sunt, ipsæ tenebræ quantæ erunt. » *In Dedic. Eccles.* (LOHNER, *Biblioth.* art. *Humilitas.*).

II. — *Debemos tomar parte en las Cuarenta Horas, con vivos sentimientos de reconocimiento.* Ciertamente, los que se entregan á los desarreglos del Carnaval se envilecen tanto como se hacen culpables, y la razon no los condena menos que la fé. Son tan dignos de desprecio á los ojos del sabio, como de colera á los ojos de Dios. Pues bien, á quién debemos no abandonarnos, como tantos otros, á estos groseros y abominables desarreglos? á quién debemos no mancharnos en esos lodazales? á quién debemos no perder nuestro tiempo, nuestro dinero, nuestra salud, nuestra consideracion y nuestra alma? A quién lo debemos? á Dios solo y á su gracia. Sin él, sin sus inspiraciones, sin su asistencia y su auxilio, en lugar de estar aquí á sus pies, en el honor de su presencia, con la alegría de una conciencia satisfecha del deber éjcutado, estariamos aumentando la multitud de sectarios del demonio, de los insultadores de Dios, de los enemigos de la virtud, de los hambrientos del vicio y de la crápula. Ah! si debemos á Dios un vivo reconocimiento, cuando preserva nuestros campos de los hiélos de la primavera. y del granizo en el veramo, ó bien cuando nos conserva la salud en tiempo de epidemia, ó nuestras fortuna en los desastres comerciales, que hiéren á tantas familias; qué reconocimiento más grande no le debemos en este dia, en que se há dignado preservarnos del contagio del mal éjemplo, hacernos comprender la criminalidad de las diversiones del Carnaval, dárnos fuerza para resistir á los atractivos que nos rodean para tomar parte! Desahoguemos, cristianos, nuestros corazones delante de Dios, y agradezcamosle con éfusión porque nos há separado de la sociedad de los pecadores, y colocado en el pequeño numero de sus amigos fieles. Oh! cómo se está bien en este dia al pie de los altares! Cómo se siente aquí cerca de Dios, y muy abrigado contra el mal que mancha el mundo ¹!

1. Quælibet creatura trina voce quemlibet alloquitur, videlicet: *accipe, redde, fuge.* Accipe beneficium ex me ad usum tuum. Accipe, inquit cælum, a me illuminationem, et motum. Accipe, inquit ignis, a me calorem. Accipe, ait aer, respirationem. Accipe, ait terra, a me anima-

III. — *Debemos tomar parte en las Cuarenta Horas, con espíritu de expiacion.* — A nosotros corresponde el deber y el honor de interponernos entre el Señor, justamente irritado, é hijos demasiadamente culpables. Sin nuestra intervencion, seguramente Dios golpearia terriblemente sobre su pueblo, tån duro y tån ingrato, que se une y se confabula para ofenderle, y que se complace precisamente en multiplicar contra él los ultrajes publicos. Si, frecuentemente, Dios castiga con extremado rigor faltas privadas y en cierto modo secretas, juzgád cuál no debe sér su indignacion, y cuál no seria su venganza, contra las prevaricaciones y los retos que se osten-

lia, victualia, metalla, sustentationem. Secunda vox est: *Redde*, scilicet obsequium tuo benefactori, et meo creatori; qui ideo me creavit, ut tibi servirem, ego autem grata semper tibi obsequor, dum tibi servio; tu ergo multo magis illi obsequium præstes, in honorem suum me utende, et sibi de meo obsequio tibi impenso gratias agendo, ne ingrata inveniaris. Tertia vox est: *Fuege*, scilicet supplicium tibi paratum propter ingratitudinem, nam si ingrata eris non me bene utendo, et gratias agendo, omnes erimus contra te ad judicandum tuam ingratitudinem (S. ANT. *Sum. Theol.* p. 2, tit. 3, c. 9, § 6). — Nihil tam gratum, Deo, ut anima grata, et gratias agens; nam cum innumeris beneficiis quotidie omnes nos prosequatur, nihil aliud a nobis exigit, quam habere gratiam (JOAN. CHRYSOST. Hom. 53. *in Gen.*). — Confitenti humiliter, et devote gratias referenti, non immerito ampliora beneficia promittuntur. Nam qui fidelis invenitur in modico, jure constituetur super multa; sicut e contrario accipiendi indignus est, qui fuerit de acceptis ingratus (BERN. serm. 4. sup. Ps. *Qui habitat*). — Præservatio a peccatis, tribus modis contingit, occasionis subtractione, resistendi data virtute, affectionis sanite. Multum enim in peccata cecidissem, si data esset occasio, sed Dei miseratione non me talis opportunitas apprehendit. In multa quoque paulominus cecidissem, graviter impulsus violentia tentationis, sed virtutem dedit dominus Rex virtutem, et sub me esset appetitus meus, et ei, quam sentiebam concupiscentiæ minime consentirem. Sed a quibusdam tam longe me fecit miseratio tua, ut penitus abominarer ea, et ne ulla quidem eorum me tentatio molestaret. (Id. *ibid.*).

tan, si no hubiéran corazones que pidieran perdon. Pues bien, siendo uno de los motivos por los cuáles han sido instituidas las Cuarentas Horas, el de implorar por los culpables la misericordia divina, debemos, asistiendo á ellas, rogar con insistencia al Señor que no los castigue cómo merecen, sinó que se digne aceptar nuestros homenajes en reparacion de los ultrajes de los pecadores. Y estos homenajes debemos ofrecerlos con tånto ardor y hacerlos élevar con tånta fuerza, que cautiven la atencion de Dios, de manera que no véa ni oiga las locuras de los malvados. — A estos homenajes, unámos algunos actos de mortificacion, que probarán mejor todavia á Dios nuestro sincero deséo de repararle por los culpables, al propio tiempo que serán tambien una prueba segura de nuestra caridad por nuestros hermanos¹.

1. *Vos non estis de hoc mundo.* Nó, pueblo élegido, rescatado con la sangre de Jesucristo, no sómos de este mundo que olvida su dignidad; no sómos de este rebaño de epicureos sumergidos, yo no sé porqué, en la dudosa alegria de las locas orgias del Carnaval, de estos hombres disfrazados de animales. Y, sin embargo, son nuestros hermanos, señalados cómo nosotros con el signo de la cruz. ¿ Los abandonaremos á la triste suerte que ellos se preparan? nó, cristianos, nuestro corazon de hermanos no puede sufrirlo. Hé ahí porque os pedimos que renunciéis tambien á las alegrías inocentes de vuestros hogares para venir, al pie de los altares, á pagar por los extraviados el tributo de la oracion y obtenerles un aplazamiento para la justicia divina. Para hacer grato este sacrificio á vuestros corazones, dejádmecíros todo lo que Dios há puesto de *virtud* y de *éficacia* en el *sufrimiento*, en general, y en el *sufrimiento voluntario*, en particular. En el estudio de este misterio doloroso, que repugna tånto á nuestra naturaleza y escandaliza tån fuertemente á los espíritus superficiales, veréis la condicion necesaria no solamente de toda vida y de toda grandeza natural, sinó de toda vida y de toda grandeza sobrenatural. Dos preguntas sencillas: Qué es el *sufrimiento*? para qué el *sufrimiento*? agruparán en derredor de ellas lo más esencial de este vasto asunto, y fijarán vuestra benevolente atencion. — I. Qué es el *sufrimiento*? Formulando esta interrogacion, se levanta de nuestro interior una voz dolorosa que pa-

rece censurarnos esta ociosa investigacion. El sufrimiento! quién no lo há sentido y no sabe lo que es? Si, el sufrimiento sinonimo de dolor, todo el mundo lo conoce; asi no me permitiré, hermanos míos, limitar á éso todo el alcance de mi pregunta. Es preciso agrandar nuestras investigaciones y subir hasta los orígenes del sufrimiento. Allí, encontramos una lucha, un verdadero combate de la naturaleza trabajando, séa para tomar la forma primitiva en dónde debe sentarse en el descanso, séa para lanzar violentamente de un medio en donde es extraño, un obstaculo que impide el juego libre de sus fuerzas... En este punto de su historia, el sufrimiento no es otra cosa más que el trabajo, y, en este sentido, la naturaleza inerte está sometida á esta ley. El horno en dónde el pedernal se transforma en hierro, estas transiciones bruscas del frio al calor, y del calor al frio, en dónde se forma el acero, qué otra cosa son más que lechos de dolor? Si la arena de la costa hubiése permanecido yaciendo en el suelo, en dónde la há recogido la mano que la há sometido á la accion del fuego, la arena no hubiése sido éternamente más que un mineral inútil; pero, desde que el horno la há cogido, desde que la há abrazado terriblemente, despues que el trabajo la há torturado de mil maneras, esta arena asciende en la escala de los metales, y héla ahora, á causa del sufrimiento que há soportado, capaz de destrozar á sus hermanas, las piedras. Seguid un poco más la cadena de los séres: llegád á la planta, tomáda en su germen. Para nacer, ella debe hendir su cubierta, desafiar la atmosfera de una nueva naturaleza, y no crecerá más que rompiendo su corteza y sacudiendo sin piédad las que protegian su infancia. Há llegado la hora de su fecundidad? Es por desgarramientos que saltarán, yá sus mechones de verdura, yá sus copos de flores. — Hasta aqui, no hémos visto más que el trabajo insensible, sin sufrimientos, si quereis, aunque San Pablo, en los magníficos movimientos de su gran estilo, parece prestar sentimientos á las criaturas inánimadas, cuando nos las muestra ansiosas é impacientes por el gran dia de la justicia. — Si venimos á la creación dotada de vida y de sentimiento, entramos de pleno en el imperio del sufrimiento y no andamos más que sobre cementerios, en dónde se amontonan confusamente generaciones destruidas por otras generaciones; las vidas se devoran las unas á las otras, los debiles son victimas de los fuertes, y de uno á otro extremo de esta escala mortuoria, el animal desgarrá al animal, espe-

rando el mismo su véz para ser desgarrado. — Pero es principalmente en nuestra clase que reina el sufrimiento. Es en nosotros que apoya lo más fuerte de su rodilla de hierro. Nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestros amigos y nuestros enemigos, son otros tantos instrumentos de los cuáles se vale para escudriñar el fondo de nuestros corazones y sacar de ellos lagrimas de sangre. Nadie se le puede escapar; tiene sus entradas libres á toda hora y en todos. El pasado lleno de sus hazañas envia hacia nosotros un largo gemido que los atáudes no han podido tener encerrado con los cadáveres de nuestros padres. — El presente no es menos lugubre, y nos arranca sin cesar algunas lagrimas, cuando no las hace correr á torrentes. Hermanos míos, dejádnos preguntar á cada uno de vosotros. Decidme, sois dichosos? Nó, me responderéis, y nada más que mi pregunta entristece vuestra frente... Ah!... yo lo véo, el sufrimiento há pasado por todos, y no hay corazon en dónde no haya hecho resonar dolorosamente su éco. — Condicion de la naturaleza humana y de la humanidad, esta la acepta y los hombres han llegado al extremo de no creerse en su esfera, desde que este tirano despiadado los deja en reposo. Quién de nosotros no sabe la historia de este rey de la antigüedad, asustado de la dicha persistente y oprimido por el temor de una catastrofe que busca en vano évitár arrojando su anillo de oro en el fondo del mar? Este principe obedece también á la voz de la naturaleza; la Grecia tiene el mismo lenguaje, ella que no quiere vida sin sufrimiento: *aut pati, aut mori*. — Pero, porqué esta necesidad? Vámos á vérlo respondiendo á la pregunta que nos queda todavía por formular. — II. *Para qué el sufrimiento?* Tocamos aqui el corazon de uno de estos misterios en que la razon sola se esfuerza en vano por penetrar, y delante de los cuáles no sabe aventurar más que hipotesis repugnantes y profesar un escepticismo desolador. Cómo, en éfecto, comprender estas turbaciones y estos accidentes tán instantaneos y tán numerosos, que sin cesar estallan en derredor nuestro? Como comprender esta vida de los animales, tán llena de miseria y de accidentes, tán facilmente cortada en su curso? Cómo comprender al hombre, tán grande y tán pequeño á la vez, tán sediento de dicha y tán abatido por la desgracia y el sufrimiento? Es Dios un verdugo caprichoso, créando victimas que tortura á placer? La inteligencia asustada retrocede en frente de semejante blasfémia, y sin embargo, si Dios es bueno, el mal existe; en dónde

encontrar la conciliación de estos dos terminos tan contrarios? En dónde, hermanos míos? Allí en dónde están resueltos, desde hace mucho tiempo, todos los problemas que nuestros pretendidos pensadores contemporáneos creen haber inventado: en la Iglesia católica. Todavía uno de los beneficios de esta buena y tierna madre; porque, si es siempre duro sufrir, es un lenitivo saber porque se sufre. Oid su solución. — « Todo mal, dice ella, es, ó pecado, ó pena del pecado. » La respuesta que esperábamos no es larga, pero es luminosa! La humanidad sabe de hoy en adelante porque sufre, ella sabe en dónde se encuentra el autor de su mal. Hija de un padre culpable, há tomado con su vida, su crimen y los vicios de su sangre. Ella podría así sufrir y no tener razón alguna para quejarse del que dejara correr siempre impura una fuente que no há en turbado... Pero Dios, este buen padre, no lo há querido, y si há dejado el sufrimiento á su hijo, es para que hiciera un medio de rehabilitación... El mal se cura por el mal, el veneno de la llaga es el depurativo y el remedio. Mejor que éso: por un fenómeno de la misericordia divina el sufrimiento es más que una expiación. Aceptada por la víctima fortificada por la sangre de Jesucristo, es el punto de partida de una nueva fuerza y de una nueva vida: el edificio caído sale de sus ruinas mejor cimentado y más fuerte contra las tempestades. — No hace un momento, que os decía: la vida sale de los desgarramientos y del dolor... Mi palabra era demasiado débil: la ley del sufrimiento es de tal manera la ley de la vida, que Dios mismo parece no poder sustraerse. Siglos y siglos se han pasado antes del día sangriento del Calvario; Dios había sembrado su palabra y hecho oír sus amenazas; qué había recogido? Apenas algunos justos, fácilmente contados por la historia. Pero, desde que dejando los medios fáciles, él mismo se há sometido á las fatigas y al sufrimiento, la cosecha humana se há levantado por todas partes y los graneros del cielo están repletos de trigo. — A este ejemplo divino se podrían unir los nombres de todos los hombres que han dejado en el mundo señales fecundas de su acción: más han sufrido, más poderosos han sido. — Hay sin embargo muchos modos de sufrir, y la actitud de los hombres delante del dolor difiere de muchas maneras. Los unos, y estos son los más desgraciados, se irritan bajo su acción; otros lo aceptan resignadamente, y los hay, por último, que lo abrazan y lo buscan con ardor. A la primera categoría pertenecen

IV. — *Por último, debemos tomar parte en las Cuarenta Horas con una grande confianza.* — Todas las veces que se dirige á Dios, es necesario hacerlo con confianza. Porque no es nunca falta suya que nuestras oraciones dejen de ser atendidas, sinó siempre nuestra, es decir, porque rogamos sin atención, ó sin deseo de ser aten-

los insensatos que, cómo Juliano el Apóstata, añaden á su tormento la rabia de sentirse impotentes contra su vencedor. La segunda clase está formada por ésos cristianos generosos que saben tomar contra si mismos los intereses del cielo ultrajado y se crecen así, á la manera de ésos criminales que se someten con gusto al suplicio que les es debido. Por último, vienen las almas de elección, los atletas del Cristianismo, ésos valientes discípulos del crucificado, que ponen por el dolor el mismo apresuramiento que otros ponen por el placer: se llaman San Francisco de Asís, Santa Teresa y Santa María Magdalena de Pazzi. Estas grandes almas, enamoradas de Cristo, quieren apurar hasta la última gota del caliz que él há bebido. Así caminan á la santidad á pasos de gigante. — *Peroración.* Tres caminos nos están abiertos: el de los impíos, el de los cristianos comunes y el de estas héroicas almas. A nosotros corresponde élegir, hermanos míos. Séa el que fuere el que tomemos, el sufrimiento nos acompañará; aceptémoslo cómo un compañero obligado de camino. Bajo este traje tosco y esta forma repugnante, es Jesucristo mismo quién viene con nosotros. No se le encuentra en las alegrías y en los placeres del mundo. — Cuando en ellos os habeis encontrado, habeis retrocedido en el sendero de la virtud; por el contrario, las aficciones de nuestro pasado no han sido todas ellas señaladas con un paso hacia la piedad? — Dichosas las almas señaladas con el sello réal, más que esto, con el sello divino del sufrimiento! Ellas llevan en la frente el signo de su predestinación. Son las hijas del Corazón atravesado de Jesús; la cruz las abriga con sus sangrientos brazos. Hijas del sufrimiento de Jesucristo, le son queridas, cómo lo es á una madre el hijo que más la há hecho sufrir; ellas vienen á turbar su deleite en el dolor y á repetir esta palabra de una héroica amante de la cruz: *non mori, sed pati.* Entonces el Maestro está contento, porque encuentra verdaderamente á sus muy amadas. (Pouillat, *Sem. del Clero*, tomo 13, p. 547-49.)

didos, ó sin constancia, ó precisamente sin confianza. Este último defecto es también el que más hiere al corazón de Dios, porque pone en duda, su bondad ó su poder, que, de todos los atributos, son los dos que parece querer sean más honrados por los hombres. Por otra parte, porqué dudariamos nosotros de la eficacia de nuestras oraciones, sobre todo, en esta solemnidad? Nuestro Señor, que há prometido que toda oración hecha en su nombre será atendida¹, no está particularmente obligado respecto de la oración dirigida por muchos reunidos²? Y, en este momento, no solamente Dios oye las suplicas que suben á él de este recinto, sino las que le son igualmente formuladas de una multitud de lugares de la tierra. De suerte que es muy raro rogar en condiciones más favorables para ser atendidos. Ciertamente es que no vemos frecuentemente á los malos renunciar á sus diversiones criminales y convertirse. Pero no es preciso deducir que Dios permanece sordo á nuestras oraciones. Porque vemos frecuentemente que no castiga, lo que no dejaría de hacer, si nadie tratara de apaciguar su colera y desviar sus rayos de los culpables. — Y además, quién nos dice que Dios, atendiendo á nuestras suplicas, no envenena y amarga los placeres de tales ó cuáles personas, que en el próximo año, en lugar de servir al diablo, cómo lo hacen al presente, vendrán á juntarse con nosotros para pedir que convierta á su vez á sus antiguos compañeros de desordenes? Esos son los triunfos que Dios desea alcanzar, y que le son tanto más gratos cuánto más violencia le hemos hecho para decidirlo á ello³.

1. Joan. xiv, 13. — 2. Mat. xviii, 20.

3. Oh Jesús! dulce nombre, que promete la salvación y la misericordia; oh Dios de los pecadores y de los publicanos! á vos que reconocemos en el padre del hijo prodigo, en el buen Pastor que persigue por las montañas la oveja extraviada, es vuestra intercesión, vuestro apoyo que todos juntos imploramos para los desgraciados que se entregan al pecado en estos días de desorden. Es esta voz que perdona á la pecadora, que atendía al ladrón crucificado, que nos manda el amor á los enemigos. — Deciros que esta suplica por nuestros hermanos será escuchada y atendida, sería cosa inútil, hermanos míos. En

Conclusion. — Hé aquí, cristianos, con qué sentimientos debemos tomar parte en la solemnidad de las Cuarenta Horas, á saber: con confusión, con reconocimiento, con espíritu de expiación, y por último, con confianza. Si entramos bien en estos sentimientos, si nos penetramos de ellos, si los hacemos nuestros, la solemnidad de las Cuarenta Horas será gloriosa para Dios, saludable para nosotros y ventajosa para los desgraciados pecadores. Será gloriosa para Dios, puesto que habremos confesado á la vez su soberano poder, su justicia perfecta y su misericordia sin límites. Nos será á nosotros mismos saludables, puesto que habrá sido una ocasión para humillarnos, testimoniar á Dios nuestro reconocimiento y practicar la penitencia y la caridad fraternal. Por último, será ventajosa para los pecadores mismos, puesto que alejará de ellos los castigos que han merecido y dispondrá á Dios para emplear con ellos, pronto ó tarde, su misericordia. Produciendo tan preciosos resultados la asistencia á las Cuarenta Horas, quién no se esforzará para llevar las disposiciones exigidas? Apliquémonos, cristianos, á hacerlas nacer y crecer en nosotros, meditando las reflexiones que acabamos de hacer. Dios secundará nuestra buena voluntad, si se lo rogamos. Y después que habremos procurado, en todos los días de nuestra vida, gloria á Dios, santificación á nuestra alma y misericordia á nuestro prójimo, según nuestro poder, tendremos la recompensa prometida á los buenos y fieles servidores. Así sea.

los tiempos antiguos, cinco ciudades opulentas, Sodoma y Gomorra entre otras, hicieron llegar hasta el cielo el grito de sus atentados ó de sus prostituciones. Abrahán pide gracia en favor de algunos inocentes que participarían del suplicio de los culpables. Extraña é inefable misericordia de Dios tres veces santo! La comarca entera estaba salvada, si el Señor hubiera encontrado cien justos entre los millares de culpables. Qué hé dicho? la innumerable multitud de criminales estaba perdonada, si hubiese encontrado, no veinte inocentes, sino diez justos! diez hombres exentos de crimen! Gracias al cielo, hay aquí más de diez justos que no han participado en los atentados de los demás. Y yo añado que á las fervientes suplicas de estos fieles que me escuchan, Jesucristo vá á unir la suya poderosa, atreviendo á prometerme